

Universidad Nacional de Rosario

Facultad de Psicología

Trabajo Integrador Final

Ensayo

La infancia: una experiencia que no cesa de no inscribirse.

Alumna: Piera, Juliana.

Legajo: P-1980/1.

Docente Responsable: Ps. Facciuto, Silvana.

Año: 2018.

Resumen

El propósito de este ensayo fue interrogar el concepto de infancia desde una perspectiva histórica e indagar si es posible definirla en su singularidad. En esta dirección, se indagó cómo concibió Sigmund Freud a la infancia y cuál era la concepción previa a sus aportes. Para responder a estos propósitos, desarrollé los aportes de Philippe Ariès, quien hace un recorrido histórico de esta categoría desde la Edad Media hasta la Modernidad. Luego, incorporé aportes de Lloyd Demause, quien contradice algunos aspectos de la obra de Philippe Ariès. Por último, retomé aportes considerados clave, para los efectos de este trabajo, de la obra de Freud donde se vislumbra la concepción de Infancia que subyace en sus postulados. Se concluyó que la categoría Infancia enfrenta la dificultad de no poseer una única definición, en tanto no es un concepto lineal ni que trasciende a la largo de la historia de manera inmóvil. Por el contrario, es absurdo pensarla por fuera de las condiciones históricas, sociales y culturales.

Palabras claves: infancia, niño, historia, psicoanálisis.

Agradecimientos

A Chars, a Rosángela y a mis amigas, por estar siempre presente, por alentarme y ayudarme a crecer cada día.

Especialmente a mí tutora, por acompañarme en este proceso de finalización de la carrera, por la paciencia y la orientación constante. Sobre todo, por la contención y el apoyo frente a las dificultades que se me presentaron en el transcurso de este trabajo.

Índice

Introducción	5
¿Qué es la infancia?	8
La infancia invisible.....	10
El despertar de la infancia.....	15
La infancia desde Freud	17
Conclusión	21
Referencias bibliográficas.....	24

Introducción

El proceso de escritura en general, y el de un trabajo integrador final (TIF) en particular, implican encontrarse con una misma, con sus deseos, incluso con los fantasmas de cada uno. La escritura posibilita un espacio propicio donde se evidencian las huellas de nuestra subjetividad.

La escritura se tornó, para mí, un momento de aprendizaje y de implicación subjetiva, instancia donde me pregunté ¿qué tengo que ver con esto que escribo? Ya en 1908 Sigmund Freud expresaba que la escritura consiste en un espacio donde se afirma la individualidad del sujeto.

En este trabajo tengo más preguntas que respuestas. Tracé un itinerario que fue decantando en mí tema. Una de las primeras preguntas fue: ¿qué quieren que escriba? Pregunta que velaba no sólo las ganas de poner en marcha el comienzo del cierre de una etapa sino también miedos, incertidumbre incluso vergüenza a que me juzguen al leerme.

¿Sobre qué quiero escribir? Respuesta que se convirtió en una búsqueda que va más allá de esta experiencia y del presente TIF. Me acerque al espacio TIF con la intención de ir tejiendo lo que podría ser mi trabajo final mientras cursaba la práctica profesional supervisada (PPS) y aún me quedaban materias por rendir.

Continuar mi trabajo de PPS estaba dentro de las primeras opciones y finalmente decidí buscar otros horizontes: pensé trabajar temas como la cuestión de género y feminismo, tan vigorosamente pujante en la actualidad y posteriormente me surgió la intención de escribir en relación al significante pibe.

En ningún lado había leído que se lo llame así, y dudaba entre decir significante pibe o concepto pibe. Opté finalmente por significante pibe por una cuestión ética.

Mi intención era poder poner sobre la mesa de estudio algunas cuestiones que me sirvan para problematizar la categoría pibe en tanto relacionado a su uso para designar a niños, niñas o adolescentes en situaciones de vulnerabilidad. Entendiendo que:

La problematización no es una representación de un objeto preexistente, o la creación de un discurso de un objeto que no existe. Ella es la totalidad discursiva y no discursiva de prácticas que proporcionan algo al juego de la verdad y la falsedad, colocándola como un objeto para la mente. (Foucault, 1984; citado en Iriart, 2008).

Los trabajos académicos que logré encontrar, donde aluden a niños, niñas y adolescentes en situación de vulnerabilidad enlazado al significante pibe pertenecían a disciplinas como comunicación social, trabajo social y psicología (Nebra, 2015; Gentile, 2015; Hernández, 2009 y Lanza López, 2014). ¿Por qué los llaman pibes? ¿Ellos se asumen pibes? ¿Qué lugar le asignan los adultos al nombrarlos de esta manera?

En tanto que, desde el psicoanálisis, se considera que el sujeto es tal a partir del discurso del Otro (Lacan, 1960): ¿En qué lugar se deja a estos sujetos cuando se les dice pibe? ¿Quién es el Otro que los nombra?

Si un significante es tal en relación a otro significante y por sí sólo no significa nada (Lacan, 1955): ¿Qué significantes están en relación al significante pibe? ¿Qué significantes le dan su estatuto? ¿Son los mismos significantes de la época de la inmigración masiva, momento en que se popularizó el vocablo pibe?

Otras preguntas: ¿Qué encontramos de la infancia al decir pibes? ¿Infancia y pibe tienen algún punto de encuentro? ¿Qué tiene la infancia de pibe y viceversa?

Este ensayo es la antesala a dichas interrogaciones. Antes de abordar el significante pibe, consideré pertinente indagar el concepto de infancia. Así, exploré desde una perspectiva histórica

este concepto e interrogué si es posible utilizarlo de modo unívoco. Para esto, tomé principalmente los aportes de Philippe Ariès y para realizar un contrapunto con las ideas de Lloyd Demause sobre el origen de esta categoría. En lo que respecta a los aportes del Psicoanálisis, indagué en la obra de Sigmund Freud la concepción de Infancia que subyace en sus postulados hasta 1916. De este modo, las preguntas que estructuraron este ensayo fueron: ¿Qué es la infancia? ¿Es posible definirla en su singularidad? ¿Cómo concibió Sigmund Freud a la infancia? ¿Cuál era la concepción de infancia antes de los aportes freudianos?

¿Qué es la infancia?

Definir la infancia nos enfrenta ante una imposibilidad, en tanto, que por sí misma carece de una significación precisa y acabada. Siguiendo a Carli (2011) presenta la dificultad de considerarla como algo dado desde siempre, fijo e inalterable, de ahí que su análisis como objeto de estudio se torne una tarea compleja.

El sentido que podamos atribuirle dependerá de la época, el contexto social, cultural, político y económico en el cual nos situemos en tanto que se presenta como una construcción social. Sin embargo “el concepto de infancia operó durante bastante tiempo como un enunciado privilegiado que alude a un tiempo común y lineal transitado por todos los niños (Carli, 1994, p. 3).

Como fenómeno social, la infancia a lo largo del tiempo ha sido recortada, despedazada, desvalorizada, dando lugar a una pluralidad de figuras infantiles según la posición en la cual se halla ubicado el niño, ya sea como hijo, como recluido, abandonado o desaparecido (Osta y Espiga, 2017).

Si nos remitimos al diccionario de la Real Academia Española la infancia es un “período de la vida humana desde el nacimiento hasta la pubertad”. Vemos que el enfoque de esta definición tiene una connotación organicista; habría una sola infancia y es la que implica al cuerpo como tal.

Desde un punto de vista etimológico, la infancia deriva del latín “infans” (*in faris*) que significa el que no habla. El prefijo “in” implica negación mientras el verbo “faris” remite a la capacidad de hablar, decir (Meraz Arriola, 2010). Alude a una etapa de la vida donde el niño aún no ha desarrollado el lenguaje, es pre-lenguajero, período donde todavía no ha desarrollado la capacidad de hablar (Bleichmar, 2000).

Ariès (1973) relata que la palabra niño surge a finales de la Edad Media, época donde ya se había generalizado su sentido y la idea de infancia estaba vinculada a la de dependencia, cuyo origen se encuentra en las relaciones feudales. Según el autor entre los siglos XIV y XV se emplea el vocablo niño como sinónimos de las expresiones mozo, mocito, muchacho, hijo, las cuales al no tener un único empleo daban lugar a una gran ambigüedad del término.

La infancia invisible

Philippe Ariès (1914-1984) fue un historiador francés que estudió la historia de la infancia a través de una amplia investigación basada en fuentes iconográficas, obras de artes, como así también registros parroquiales y policiales.

Su originalidad consistió en desarrollar una historia de la evolución de las diversas actitudes mentales de la familia hacia los niños, examinando la historia tácita de los sentimientos del pasado (Alzate Piedrahita, 2004).

Ariès (1973) en la obra indicó que la infancia no existió desde siempre:

Hasta aproximadamente el siglo XVII el arte medieval no conocía la infancia o no trataba de representársela; nos cuesta creer que esta ausencia se debiera a la torpeza o a la incapacidad. Cabe pensar más bien que en esta sociedad no había espacio para la infancia (p. 57).

Durante la Edad Media la infancia era ignorada y no estaba individualizada a una etapa de la vida. Era una época de transición, pasaje fugaz del que se perdía enseguida su recuerdo y se hallaba carente de toda valorización. Existían elevadas tasas de mortalidad infantil, a pesar de que nacían muchos niños, muy pocos sobrevivían.

Por lo que Ariès (1973) califica de “muy natural” a esta indiferencia respecto de la infancia. Los niños eran considerados un eventual desecho, lo cual impedía, siguiendo al autor, que los adultos puedan apegarse a ellos:

Ello explica las frases, que chocan con nuestra sensibilidad contemporánea, como las de Montaigne: “he perdido dos o tres hijos que se criaban afuera, no sin dolor, pero sin enfado”, o la de Molière, a propósito de la *Louison de Le Malade imaginaire*: “la pequeña no cuenta” (Ariès, 1973, p.64).

Recién en el siglo XIII se observan diferentes tipos de niños que marcan un acercamiento al sentimiento de infancia moderno entre ellos: la figura del Ángel, el Niño Jesús y el niño desnudo, que darán lugar en el siglo XIV al surgimiento de la Santa Infancia (Ariès, 1973).

Esta infancia inmaculada fue plasmada en el lienzo a partir de la gracia, la sensibilidad e ingenuidad de la pequeña infancia, donde se podía observar al niño entretenido con juegos infantiles, comiendo su papilla, o envuelto en pañales (Ariès, 1973).

Aunque el niño está presente durante el Medioevo aún no presentaba las características reales propias del período vital en que se encontraba sino que era retratado como un hombre adulto de tamaño reducido motivado por una resistencia frente a las características morfológicas infantiles (Ariès, 1973).

Ya en los siglos XV y XVI aparece el registro de la iconografía laica derivada de la iconografía religiosa, donde el niño aparece en los cuadros como parte del paisaje y participando de escenas de la vida cotidiana con mayor frecuencia (Ariès, 1973).

Es posible observar al niño con su familia, jugando generalmente con adultos, entre la multitud en compañía de su madre, participando de ritos, aprendiendo oficios como la orfebrería o en la escuela. En esta inclinación de incluir a los niños en las diversas actividades de los adultos se hallan los prolegómenos de lo que más tarde será el sentimiento de infancia moderno (Ariès, 1973).

El autor advierte que a pesar de que la figura del niño aparece cada vez más en las escenas de costumbres, no obstante, no simbolizan ni describen a la infancia, sino que frecuentemente los niños aparecen entre sus protagonistas principales o secundarios.

Ariès (1973) destacó la existencia de una convivencia de los niños con los adultos en todos los ámbitos de la sociedad, desde el trabajo hasta las actividades de ocio y recreación, favorecido por la falta de diferenciación de las etapas de la vida.

A esto se suma que el interés de los adultos hacia los niños estaba relacionado entera y exclusivamente a su aspecto gracioso: el niño se convierte en una fuente de diversión y de esparcimiento para el adulto por la ingenuidad, soltura y gracia que lo caracterizaba, lo que se podía llamar el mimoseo (Ariès, 1973).

Posteriormente, gracias al retrato infantil se inaugurará una nueva forma de ubicar al niño en la sociedad. El niño comenzó a ser retratado como protagonista obteniendo una visibilidad que no había adquirido hasta el momento: “Se representa al niño sólo y por sí mismo: es la gran novedad del siglo XVII” (Ariès, 1973, 69).

El niño comenzará a tener así un lugar privilegiado dentro de las costumbres. Se le reservan las primeras escenas consideradas infantiles, entre las cuales se podían observar: la lección de lectura, de música, de dibujo y de juego (Ariès, 1973).

Este nuevo sentimiento de infancia, ligada a la infancia graciosa, fue acompañado del advenimiento de un sentimiento de familia. Aparece el retrato como símbolo familiar donde el acento estaba puesto en todos los miembros como grupo parental (Ariès, 1973).

Los retratos de familia se convirtieron en un importante registro de filiación donde se manifiesta la precisión cronológica emergente en esos tiempos, se tiene la necesidad de atribuir a la vida familiar una historia que la identifique, dejando registro de las edades y la fecha del cuadro (Ariès, 1973).

Hay que esperar hasta el siglo XVIII para que se produzca el descubrimiento de la infancia a pesar de que las condiciones demográficas no se habían transformado considerablemente y la mortalidad infantil continuaba en un nivel muy elevado (Ariès, 1973).

Esta nueva sensibilidad hacia los niños estuvo favorecida por la cristianización de las costumbres. Esto permitió a la sociedad considerar que el alma del niño también era inmortal como la de los adultos, por lo tanto, era necesaria preservarla de todo mal y pecado (Ariès, 1973).

A partir de entonces se le atribuyó a la infancia cualidades como la pureza y la inocencia, efecto de la moralización de las costumbres que se orientó a resguardar a los niños de la promiscuidad y de la sexualidad de los adultos, como también al fortalecimiento de la misma, a través del desarrollo del carácter y la razón (Maneiro, 2011).

Como consecuencia surgieron alrededor del niño nuevas prácticas que hicieron de la infancia un campo de estudio. Entre ellas encontramos a la pediatría, que se orientó hacia la prevención de enfermedades para lograr disminuir la mortalidad infantil (Levin, 1995).

Se produce una pedagogización de la infancia acompañada de una infantilización de un sector de la sociedad a través del surgimiento de la institución escolar que comenzó a ocuparse de la formación de los niños. Este nuevo espacio preparado para la infancia tuvo una función determinante para diferenciar la vida del niño y de la del adulto (Maneiro, 2011).

La educación dejó de ser responsabilidad de las familias para convertirse en exclusiva incumbencia del Estado y de las instituciones privadas. Este movimiento implicó nuevas formas de sociabilidad con el objetivo de disciplinar la infancia y convertir al niño en un futuro ciudadano acorde a las nuevas formas de ordenamiento social, económicos y de producción (Maneiro, 2011).

En relación, Ariès (1995) deja claro este movimiento que se produce al ingresar a la modernidad alrededor de la figura del niño:

En un mundo de pequeños oficios y de pequeñas aventuras, era una figura familiar de la calle. No había calle sin niños de todas las edades y condiciones. Más tarde, un lento movimiento de privatización lo fue retirando poco a poco del espacio urbano, que así dejó de ser un espacio lleno de vida, en donde lo privado y lo público se confundían, para convertirse en un lugar de paso, reglamentado por la lógica transparente de la circulación y de la seguridad (p.283).

La psicología también ocupó un rol en este proceso de modernización de la sociedad a través del estudio de la conducta de los niños. Se produce un esfuerzo por penetrar en la mente de los niños con el objetivo de lograr una adecuada adaptación de los métodos de enseñanza. (Fernández, 2006)

Es así, que el descubrimiento de la infancia implicó haber dejado de manifiesto un actor social que durante muchos siglos había sido amalgamado a la figura del adulto sin reconocerle valor e interés alguno, fruto de un conjunto de cambios económicos, sociales y culturales.

Desde el siglo XVII el niño comenzó a tener una mayor visibilidad que lo ubicó en el centro de la escena colectiva y se le reconocieron necesidades específicas diferentes a las de los adultos. El niño pasó a ser un individuo al que había que acompañar en su proceso formación como futuro ciudadano.

El despertar de la infancia

Lloyd Demause es un pensador social contemporáneo que estudió la infancia en Occidente durante los últimos 2.000 años desde una perspectiva psicoanalítica. Como resultado de su trabajo postuló una visión psicogenética de las relaciones paternofiliales (1994).

Explicó “que la fuerza central del cambio histórico no es la tecnología ni la economía, sino los cambios psicogenéticos de la personalidad resultante de las interacciones de padres e hijos en sucesivas generaciones” (1994, p.17).

Abordar la visión de Demause en relación a la infancia cobra importancia dado que su posición es antagónica respecto a los desarrollos teóricos de Philippe Ariès:

La tesis central de Ariès es la opuesta a la mía: él sostiene que el niño tradicional era feliz porque podía mezclarse libremente con personas de diversas clases y edades, y que en los comienzos de la época moderna se “inventó” un estado especial llamado infancia que dio origen a una concepción tiránica de la familia que destruyó la amistad y sociabilidad y privó a los niños de la libertad, imponiéndoles por primera vez la férula y la celda carcelaria (1994, p22).

Al contrario, para Demause la infancia con el advenimiento de la modernidad permitió ubicar al niño en un lugar medular de la sociedad, gracias a la ampliación de sus libertades y el respeto que entablaron los adultos hacia los más pequeños (Maneiro, 2011).

Para el autor, la idea de Ariès de que la infancia era una construcción moderna es una falacia inverosímil, difícil de sostener en tanto que desde la filosofía griega ya se la tenía en cuenta como una clave para comprender y explicar la continuidad y los cambios del tiempo (1994).

Sostiene que la infancia se encontró en una especie de oscuridad a causa de que la historia era considerada una disciplina que debía estudiar hechos públicos y no privados. Según su perspectiva, “la historia de la infancia es una pesadilla de la que hemos empezado a despertar hace muy poco” (1994, p15).

Postula que la infancia se caracterizó históricamente como una época de la vida donde predominaba la violencia, la tortura y el abandono, junto a escasos niveles de puericultura, que vuelve inviable el hecho de considerar que el niño tradicional era feliz.

El niño recibió constantemente tratos crueles como el infanticidio, el abandono y el castigo. Además era ubicado por el adulto en una situación de constante ambivalencia: “es amado y odiado, recompensado y castigado, malo y bueno, todo al mismo tiempo” (Demause, 1994, p25).

La infancia desde Freud

Sigmund Freud a lo largo de su obra nunca elaboró un concepto de infancia, sino que la abordó a partir de la sexualidad, punto de no retorno y quiebre en el pensamiento hegemónico de la época.

Descubrió la sexualidad infantil en el transcurso de sus investigaciones psicoanalíticas a través del discurso de sus pacientes adultos, cuyos recuerdos y ocurrencias reconducían generalmente a los primeros años de la infancia (1916).

La sexualidad infantil pasó de ser concebida como un mal hábito y comportamiento inadecuado a ser reconocida como parte de la constitución del sujeto. A partir de entonces no es posible negar que el niño tenga deseos y pulsiones libidinales propias y su injerencia en la vida del adulto (1905).

Explicitó un descuido de la sexualidad infantil en tanto la sociedad victoriana pensaba que la pulsión sexual no existía durante la infancia:

La opinión popular tiene representaciones bien precisas acerca de la naturaleza y las propiedades de esta pulsión sexual. Faltaría en la infancia, advendría en la época de la pubertad y en conexión con el proceso de maduración que sobreviene en ella, se exteriorizaría en las manifestaciones de atracción irrefrenable que un sexo ejerce sobre el otro, y su meta sería la unión sexual o, al menos, las acciones que apuntan en esa dirección (1905, p.123).

Pensar la vida sexual como ausente en la infancia es un reflejo erróneo de lo que ocurre en la realidad en tanto que implica confundir las funciones de reproducción con la sexualidad,

excluyendo de esta manera manifestaciones de la vida del sujeto que son sexuales como la masturbación y el besar (Freud,1916).

Sitúa como causa de esta equivocación a la amnesia infantil, fenómeno psíquico que consiste en la represión, en el olvido del periodo de la infancia convirtiéndola en un tiempo anterior, prehistórico, del cual el sujeto nada puede recordar.

Estas primeras vivencias son apartadas de la conciencia provocando que la vida sexual infantil sea desestimada. No obstante, tales experiencias dejan en la vida anímica profundas huellas y tienen una función determinante en el ulterior desarrollo (1905).

Una cualidad importante que Freud (1905) le atribuyó al niño durante la infancia es la disposición perversa polimorfa: “en su disposición trae consigo la aptitud para ello; tales transgresiones tropiezan con escasas resistencias, porque según la edad del niño, no se han erigido todavía o están en formación los diques anímicos contra los excesos sexuales” (p. 173). La disposición perversa polimorfa forma parte de la constitución normal del sujeto y es posible observar que todas las inclinaciones perversas encuentran su origen en la infancia.

Los diques anímicos, que se edificarán durante el periodo de latencia, son fuerzas anímicas contrarias a esta disposición a la sofocación de las pulsiones sexuales y consisten en “el asco, el sentimiento de vergüenza, los reclamos ideales en lo estético y en lo moral” (1905, p.161).

Freud encontró la confirmación de su teoría sobre la sexualidad infantil a partir del caso clínico de un niño de cinco años (1909) donde por primera vez el paciente no era un adulto sino un niño en pleno proceso de constitución subjetiva.

Freud toma conocimiento del padecimiento del niño a través de las anotaciones y comentarios del padre del pequeño, a quien supervisó a lo largo del caso. Fue el padre quien invistió el papel del médico y llevó adelante el tratamiento (1909).

A través del historial, Freud articula el vínculo del niño con sus padres y las ideas plasmadas años anteriores en relación a los lazos edípicos basados en la mitología griega. Durante la correspondencia con Fliess en 1887 Freud manifestó que el Edipo era un suceso universal característico de la primera infancia.

La saga de Sófocles, Edipo Rey, puso en evidencia el modo en que el niño manifiesta sus sentimientos ambivalentes hacia el padre y el amor profundo hacia la madre. A este vínculo de los niños con sus padres regido por tendencias incestuosas lo denominó: el complejo nuclear de las neurosis (1910).

La función del “complejo de Edipo”, tal como lo denominará Freud a partir de 1910, será estructurar y organizar los deseos del niño, siendo “un factor regular y muy importante de la vida anímica infantil” (1915, p.189).

Para Freud, la infancia está ligada a lo inconsciente y constantemente se manifiesta en la vida del adulto a través de los sueños, los actos fallidos, los lapsus y en las formas en que se entablan los diferentes vínculos intersubjetivos.

Pensar la infancia desde Freud es tener en cuenta la existencia de un proceso de constitución subjetiva donde el niño establecerá las bases estructurales del adulto que será después. De ahí, que Freud cite que el niño es el padre del hombre, al decir que “todos los deseos, las mociones,

pulsiones, modos de reaccionar y actitudes del niño son pesquisables todavía presentes en el hombre maduro” (1913, p. 185).

Conclusión

Luego del recorrido expuesto, se vuelve ineludible que la infancia es un concepto que nos enfrenta ante la imposibilidad de definirla como un concepto lineal o que trasciende a la largo de la historia de manera inmóvil. Se vuelve absurdo pensarla por fuera de las condiciones históricas, sociales y culturales.

Las diferencias teóricas y temporales de los autores que fueron abordados en este trabajo, no impiden que tengan un punto de encuentro en relación a cómo fue considerada la infancia a lo largo de la historia. Coinciden en que la misma fue desvalorizada y opacada.

Aunque, tanto Philippe Ariès y Lloyd Demause expusieron sus investigaciones antes del inicio del siglo XXI algunas cuestiones en relación a la infancia todavía no han sido superadas. Actualmente los niños siguen siendo maltratados, siguen sin ser escuchados, e invisibilizados.

Si bien, las formas de maltrato y vulnerabilización ya no son las mismas que hace 30, 50 o 200 años, han surgido nuevas maneras de invisibilizar la infancia. Hoy la infancia, al decir de Demause, es una pesadilla para muchos niños y niñas. Sería una hipocresía pensar que ya hemos pasado a una infancia de ensueño.

Con los aportes de Sigmund Freud fue posible observar el viraje que se generó en la forma de concebir a la infancia. Sus aportes permitieron darle un nuevo estatuto a las características infantiles que hasta el momento eran ignoradas y desvalorizadas como lo fue la sexualidad infantil.

La infancia más allá de sus implicancias biológicas es el momento donde se origina el proceso de constitución subjetiva. Siguiendo a Freud, el niño es un sujeto que se encuentra en un momento de estructuración psíquica.

A partir de los aportes freudianos es difícil pensar la infancia como *in faris*, sin voz, ya que ella habla más allá del lenguaje, con y por el lenguaje de los sueños, mediante las diversas formaciones del inconsciente.

Esta experiencia, que es la infancia, se presenta como aquello que no cesa de no inscribirse en la vida del sujeto. Como expresó Freud, la infancia está ligada a lo inconsciente y constantemente se manifiesta en la vida del adulto a través de los sueños, los actos fallidos, los lapsus y en las formas en que se entablan los diferentes vínculos intersubjetivos.

Hablar de infancia implica aludir a las experiencias singulares que atraviesan los diferentes niños y niñas. De ahí, la inviabilidad de referirnos a la infancia y la necesidad de resaltar que hay tantas infancias como niños y niñas existan.

Retomando lo planteado en la introducción, este TIF se presenta como la antesala para una futura investigación. En relación, al significante pibe se vuelve contingente ubicar, dentro de la pluralidad de las infancias a aquellos niños y niñas en situaciones de vulnerabilidad. Este significante debe ser estudiado situándolo en contextos específicos y a través de un análisis que excede a las implicancias del presente ensayo.

Quedan como posibles vías de análisis explorar en relación a: ¿Cuáles son los significantes que en la actualidad se asocian a la infancia? Desde el rol de psicólogos: ¿Qué aportes puede brindarnos las coordenadas teóricas del psicoanálisis para pensar a las niñas y niños en la

actualidad? ¿Cómo nos posicionamos en relación a la concepción de la infancia? ¿Cómo psicólogos estamos formados a la altura de los tiempos actuales para abordar las problemáticas infantiles?

Referencias bibliográficas

Ariès, P. (1973). El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen. Madrid: Taurus.

Ariès, P. (1995). Ensayos de la memoria. 1943-1983. Bogotá: Norma.

Carli, S. (1994). Historia de la Infancia. Una mirada a la relación entre cultura, educación, sociedad y política en Argentina. Revista del Instituto de Investigaciones en Ciencias de la Educación, 3 (4), 3-11.

Carli, S. (2011). Historia de la infancia: una mirada a la relación entre cultura, educación, sociedad y política en Argentina. Buenos Aires: Paidós

Demaue, L (1994). Historia de la Infancia. Madrid: Alianza Editorial.

Fernández, A. M. (2006). Lo niño y el psicoanálisis: ¿posibilidad o imposibilidad? ETD: Educação Temática Digital, (8), 20-48.

Freud, S. (1987). Fragmentos de la correspondencia con Fliess. Carta 71. Tomo I. Obras completas de Sigmund Freud. Bs. Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1900). La interpretación de los sueños. Tomo IV. Obras completas de Sigmund Freud. Bs. Aires: Amorrortu.

Freud, S (1905). Fragmento de análisis de un caso de histeria (Dora): tres ensayos de teoría sexual y otras obras. Tomo VII. Obras completas de Sigmund Freud. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1907-1908). El delirio los sueños en la “Gradiva” de W. Jenssen. Tomo IX. Obras completas de Sigmund Freud. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1909). Análisis de la fobia de un niño de cinco años: el pequeño Hans. A propósito de un caso de neurosis obsesiva: el hombre de las ratas. Tomo X. Obras completas de Sigmund Freud. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1913-1914). Tótem y tabú y otras obras. Tomo XIII. Obras completas de Sigmund Freud. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1915-1916). Conferencias de introducción al psicoanálisis (partes I y II). Obras completas de Sigmund Freud. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1916). Conferencias de introducción al psicoanálisis. Parte III. Doctrina general de las neurosis. Tomo XVI. Obras completas de Sigmund Freud. Buenos Aires: Amorrortu.

Hernández, M. C. (2009). Ningún pibe nace chorro. Niños, Menores e Infancias.

Iriart, M. (2008). Problematizaciones, crítica y verdad. In VII Jornadas de Investigación en Filosofía para docentes, graduados y alumnos.

Lacan, J. (1955-1956) El seminario. Las psicosis. Ed. Paidós, Buenos Aires.

Lacan, J. (1960). Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano, en Escritos II. Ed. Siglo XXI, Buenos Aires.

Lanza López, S. (2014). ¿Con quién se identifica el pibe chorro?: como pensar al binomio adolescente-adulto en relación a la baja de la edad de imputabilidad penal de 18 a 16 años.

Levín, R. (1995). El psicoanálisis y su relación con la historia de la infancia. Psicoanálisis, 17(3), 613-633.

Maneiro, R. (2011). Un recorrido por el significativo Infancia. *Perspectivas en Psicología*, 8(2), 95-100.

Nebra, M. J. (2015). “Los pibes chorros” Jóvenes en situación de vulnerabilidad penal y construcción de identidad (es): Políticas sociales y prácticas culturales de y para jóvenes en conflicto con la ley penal. *Horizontes Sociológicos*, (6), 106-118.

Osta, M. L., & Espiga, S. (2017). La infancia sin Historia. *Páginas de Educación*, 10(2), 111-126.

Rodríguez Pascual, I. (2000). ¿Sociología de la infancia?: aproximaciones a un campo de estudio difuso.